

FRANCESCA DA RÍMINI

Enrique González Rojo Arthur

2016

## INTROITO

En las novelas-poema (novelemas) me siento, no tengo por qué ocultarlo, como pez en el agua: mi afán poético-metafórico y mi vocación narrativa se dan la mano y se vuelcan, gozosos, a la página. En esta *Francesca da Rímini* me inspiro, como puede colegirse, en uno de los episodios más conocidos y celebrados de la *Divina Comedia*. Me complace acudir en mis novelemas -de las cuales tengo ya escritas nueve- a historias o temáticas inspiradas en grandes autores -como Sófocles, Aristófanes, Empédocles, Cervantes, Dante, etc.- por dos razones principales: a) porque me agrada enormemente bordar sobre lo conocido y dar nuevo aliento o retematizar anécdotas que forman parte de la cultura general, y b) porque el lector tiene ya, desde antes de leer mis escritos, una idea general de lo que voy a tratar y eso facilita que se realice mi intención de que la claridad, uno de los valores literarios que desde mi juventud me parecen imprescindibles, se haga patente y esté garantizada.

Me gustaría aclarar en esta introducción al texto, dos cuestiones dignas de tenerse en cuenta: una que hace referencia a la *forma* de la novelema y otra a su *contenido*.

Es un lugar común de la teoría estética que en una obra literaria la forma y el contenido se dan en unidad indisoluble; pero es un hecho que, sin olvidar dicha conformación estructural, podemos, por método, hablar por separado de sus componentes.

En lo que se refiere a la forma, deseo hacer notar que la estructuración que presentan mis novelemas es, en general, la del *verso libre*, entendiéndolo por éste no una ráfaga de fonemas sin orden y concierto o la “libertad engañosa” de la arbitrariedad sin freno, sino de la deliberada supresión de la métrica regular y de la rima sujeta a leyes.

En la mayor parte de estas novelemas, incluida la *Francesca*, hay la intención de evitar las consonancias y asonancias internas y externas que,

si aparecen en una notoria proximidad, introducen en el texto una musiquilla pobre que empaña la impetuosa musicalidad *sui generis* del verso moderno<sup>1</sup>.

También dentro de las consideraciones formales que trato, me parece conveniente aclarar que la novelema que viene a continuación, y a diferencia de las otras ocho, en donde predomina el verso libre, los versos de principio a fin están conformados deliberadamente por tres patrones métricos o rítmicos: *decasílabos*, *endecasílabos* y *dodecasílabos* y sus respectivos hemistiquios y acentos. Creo que esta versificación semi-irregular le brinda al poema una sonoridad acorde con el tema tratado.

---

<sup>1</sup> En esta labor ha contribuido como colaboradora paciente y perspicaz Alicia Torres Ramírez, mi compañera de siempre. Para evitar, por ejemplo, la cercanía de dos palabras asonantes, es indispensable buscar un sinónimo de una de ellas y así evitar la eufonía desvirtuadora del texto. Pero no pocas veces, el sinónimo que desplaza a una palabra asonantada rima con ésta, etc, complicando las cosas. Alicia, que tiene muy buen oído, me ayuda a detectar la asonancia y a buscar los sinónimos adecuados, todo ello tratando de no perder el “aliento poético” que puede ser victimado por el formalismo y el rebuscamiento.

En cuanto a la materia del texto -el célebre pasaje de Francesca y Paolo en el infierno de la Divina Comedia de Dante- así como otras cuestiones asociadas a él, como los amores de Ginebra y Lancelot, y la reacción de Dante (y de Virgilio) ante la visión del castigo a los amantes de Rímini, son desarrollados desde mi muy personal punto de vista. Interpretación ésta que, para adquirir el sentido y la congruencia deseados, echa mano de algunos acaecimientos de la biografía del gran poeta italiano.

## LUGAR DE LA TORTURA

Aunque sea Satán el arquitecto  
de la *citá dolente*,

los gemidos,  
las maldiciones, las lágrimas esculpen  
el ámbito interior de cada círculo:  
las paredes, las rocas,  
todo lo material que aún subsiste  
muestra estrías, hoquedades,  
rastros del sufrimiento punitivo.

Con su mentor a la vera,  
Dante se encamina  
al segundo de los círculos del Tártaro  
donde el lloro y el gemido

son también albañiles interiores  
del lugar de la tortura  
y en que cumplen su sentencia quienes fueron  
en vida desposados  
no sólo con sus consortes naturales  
sino con la lascivia,  
con el súcubo y el ícubo que nacen  
de las entrañas poliédricas  
de la lujuria, que sabe disfrazar  
-cuando logra poco a poco encaramarse  
a los cuarenta grados del deseo-  
el rincón más prohibido del planeta  
en tálamo gozoso,  
suave, dulce, que recibe,  
con actitudes de entrega,  
las pieles que se enlazan y abotonan  
con un reguero de besos.

Virgilio, conductor  
del gran bardo en las inhóspitas  
regiones del Averno,  
no carga en su faltriquera  
los puntos cardinales,  
los rumbos que se esconden  
en pies desorientados,  
ni le pide consejos  
a una brújula sabuesa  
que -cayado infalible  
del que se sirve la buena orientación-,  
les permita el acceso  
a los puntos que tomados de la mano  
forman la línea, el curso por seguir.

Nada de eso requiere.



Tan sólo necesita  
recorrer la estructura de este espacio  
-una espiral que baja poco a poco-  
y hundirse lentamente  
en el ámbito que muestra  
la más extraordinaria galería  
de ruindades que el juicio  
es capaz de imaginar<sup>2</sup>:  
escarmientos, torturas,  
un inocente fuego,  
comúnmente solidario con los hombres,  
que recibe lecciones de vesania;  
suplicios que transforman  
en precedentes ingenuos,  
casi juegos infantiles,

---

<sup>2</sup> aunque siempre, eso sí, bajo el disfraz  
de un piadoso turbión de agua bendita,

los escarnios de la Santa Inquisición:  
las uñas arrancadas,  
los ojos picoteados  
por cuervos impacientes,  
las manos convertidas  
en moluscos malheridos que conservan  
sus ademanes pero ensangrentados.

Virgilio sospechaba:  
el camino a seguir  
-una espiral corriendo hacia el abismo-  
no ofrecía problemas  
para lo pies; pero sí para los ojos,  
el cerebro, la frente  
y la misericordia,  
porque, al tiempo que la dupla  
de poetas descendía,

los castigos, fatales,  
cruelles, sofisticados, se tornaban  
en espantosas piezas de museo.

Aunque sea Satán el arquitecto  
de la *ciudad dolente*,

los gemidos,  
las maldiciones, las lágrimas esculpen  
el ámbito interior de cada círculo...

## EL INSTRUMENTO DE TORTURA

En este segundo círculo,  
el medio de tortura no es la llama  
en que chisporrotea la justicia,  
no es la lumbre que después  
de quemar en su interior todo lo efímero,  
eterniza su acción depredadora.

No son, en fin, las innúmeras  
maneras de enterrar al ser humano  
en el fuego invisible del olvido.

La punición consiste en esta parte  
en que las almas-pájaros,  
o remedo de pájaros,

que al volar picotean los puntos cardinales  
-presos también aquí-,  
no pueden reposar, no lo consiguen  
porque una eterna fatiga  
es la inmisericorde

forma de su castigo.

En este paraje yermo, no hay un árbol  
que ante la pesadumbre  
de los espíritus, muestre, compasivo,  
en sus ramas un nudo en que florezca  
un fugaz y minúsculo reposo.

A más del agotamiento sin cesar,  
también aquí las víctimas padecen  
dos ansias que jamás se satisfacen:  
la de la sed y el sueño.

Se cuenta que cierta vez  
-poniendo lo sucedido  
como ejemplo del grado  
al que llegan aquí las puniciones-  
una pila de agua fresca,  
o bendita -por hallarse en un ambiente  
de calor insufrible-,  
hizo que los reclusos,  
al descubrir el charco que,  
en un rincón cualquiera, se atrevía  
a traicionar al infierno,  
en queriendo beber,  
atropelladamente,  
y al calor de su impulso,  
la volcaron, dando pie  
a que otro enjambre de almas  
se pelearan por ella.

La vertieron y, obligada a evaporarse,  
se transformó en una bruma,  
con ínfulas de nube en un ambiente  
donde el cielo no existe,  
donde entrar le está prohibido.

Se pelearan por ella hasta dejarla  
en un santiamén

tan rota

y convertida en puñado  
de trozos de algodón,

que algunas almas

se lanzaron corriendo a introducirlos  
cada uno en sus orejas  
para ya no escuchar las voces engañosas  
que imperan en tu garganta, tentación.

## LOS AMANTES

Los dos poetas divisan  
mujeres y hombres famosos,  
que fueron por el mundo  
relamiendo las dulzuras de su estado  
con la celebridad como su sombra.

Doña Fama los hizo  
formar parte de su séquito,  
recompuso los nombres  
de cada quien con sílabas doradas  
e incrustaciones de eternidad  
y les ciñó una corona  
que si fue de rubíes y diamantes,  
hoy tan sólo en el Érebo es un nimbo



de ensortijadas púas que le tiende  
un cerco a la migraña.

Mujeres y hombres famosos,  
que lo fueron en el mundo  
no por la letras

o las acciones

de caridad

-aunque sí, en ciertos casos,  
por la rúbrica roja que escupía  
la punta de su espada-,  
sino por episodios memorables  
en la historia universal de la lujuria;  
desfilan ante sus ojos

Semíramis y Dido,

Cleopatra, la mujer de Marco Antonio,

Helena, la de Troya,

Aquiles, el mirmidón,

y Paris y Tristán, entre otros muchos.

Aunque Dante y Virgilio no la viesen,  
también aquí merodea  
la gentuza más disímil,  
aquella que en el mundo practicara,  
el sudor en la frente,  
lo que puede designarse  
como herejía sexual:  
mencionaré a los *sádicos*,  
los que en el mundo hallaban el placer  
al lograr que las caricias pudibundas  
y sus afanes de pluma voluptuosa  
reapareciesen en golpes  
y manazos de rapiña  
o en nudillos que golpeaban a la puerta  
de placeres inéditos (que están

aún a la pesquisa de su nombre),  
y sentires extraños a mil leguas  
de los acoplamientos naturales  
hechos como Dios manda.

Y por aquí pululan asimismo  
algunos *masoquistas*,  
los que con la vejación y mano dura  
realizadas en su carne,  
si son hechos con maestría,  
se elevan a las cúspides del goce  
y desde ahí, tremando,  
se vienen nuevamente  
a la sala de espera  
de otro golpe forrado de dulzura.

Hasta se hallan aquí mujeres y hombres

*zoofílicos*, que encuentran  
en los gatos, los perros o los monos,  
o en la parte más peluda  
de su interioridad  
la ocasión favorable,  
al selvático olor que los anima,  
de darle rienda suelta a sus excéntricos  
impulsos instintivos.

Si las deidades rompen  
el precepto que reza:  
“iguales y desiguales, nunca deben  
establecer amoríos entre sí”<sup>3</sup>

---

<sup>3</sup> Júpiter no se mide

cuando tiende a la cándida Leda

la celada de un cisne

que luce, culebreando,

la erección en su cuello

¿qué impide a los individuos  
chapotear en los miasmas de la culpa  
y tener al jabón  
que, nimbado de espuma, no se cansa  
de lanzarles su voz,  
como perro rabioso?

Y aquí se hallan también  
los que, como los amantes de esta historia,  
hicieran un Edén del *adulterio*  
-su camándula de orgasmos-  
que acabó por hundirlos  
en el sitio infernal correspondiente.

---

de sensorial metáfora evidente.

Entre la turbamulta  
de ánimas que se mueven aleteando,  
Dante y Virgilio perciben  
a Paolo y Francesca  
que, en pretérito reciente,  
y a pesar de la ropa, las costuras  
y las prescripciones éticas  
que los engalanaran, extraviaron  
una tarde de muchas su principio  
de identidad y fueron “una carne”,  
una sola, fundida y confundida  
en la jugosa síntesis del clímax.

La historia de sus amores  
y de por qué -al calor de una libido  
encendida como fósforo  
hasta quemar los dedos-,

sus límites de carne individuada  
de pronto se les fueron escondiendo  
en un pliegue voraz de lo invisible,  
es, oh lector paciente,  
la novela poema -novelema  
como me gusta decir  
cogiendo con la mano un neologismo  
que pasa por el aire-  
que coloco a los pies  
del gentil parpadeo  
de tu consideración  
-no sin rumiar  
escrúpulos muy míos boca adentro.

## EL POEMA

Dejemos que hable Dante:

*¡Noi leggevamo un giorno, per diletto,  
Di Lancillotto , como amor lo strinse:  
Soli eravamo e senza alcun sospetto.*

*Per piu fiate gli occhi ci suspense.  
Quelle lettura, o scolorocci 'l viso:  
Mas solo un punto fu quel que ci vinse.*

*Quando leggemmo il disiato riso  
Esser baciato da contanto amante,  
Questi, que mai da me non fia diviso,*



*La bocca me vasció tutto tremante:  
Galeotto fu il libro e chi lo scrisse:  
Quel giorno piu non vi leggemo avante.*

*Mentre que l'uno spirto questo disse,  
L'altro piangeva si, que de pietade  
lo venni men, cosi com'io morisse;  
E caddi como corpo morto cade.\**

---

\* “Leíamos un día, en grata hora,  
del tierno Lanceloto la ventura,  
solos y sin sospecha turbadora.

Nuestros ojos, durante la lectura  
se encontraron: ¡perdimos los colores,  
y una página fue la desventura!

Al leer que la amante, con amores  
la anhelada sonrisa besó amante,  
éste por siempre unido a mis dolores,

## PAOLO Y FRANCESCA

En visible discrepancia  
con el audaz Lanceloto  
que, al besar la sonrisa de Ginebra  
una vez y otra vez, como sorbiendo  
un añejísimo néctar extraído  
de las destilerías del Edén,  
Paolo besó en los labios de Francesca

---

la boca me besó, todo tremante...

¡El libro y el autor... Galeoto han sido...!

¡Ese día no leímos adelante!”

Así habló el espíritu dolido,  
mientras lloraba el otro; y cuasi yerto,  
de piedad, me sentí desfallecido,  
y caí como cae un cuerpo muerto.

(Traducción de Bartolomé Mitre)

la insinuación de un escrúpulo,  
una duda del tamaño  
de lo insignificante;  
mas, con el fuego lento de la llama  
que introdujo en su boca,  
derritió prevenciones y prejuicios  
hasta hacer que la niña  
dictara orden de entrega  
a todos los rincones de su cuerpo.

Como juglares del Tártaro  
que recorren poco a poco nuestra historia,  
habremos de decir  
que el padre de la joven, oriundo de Polenta,  
por una costumbre muy arraigada  
en sus oídos,  
y el machismo ancestral

que corría parejas con su sangre,  
no sabía percibir  
el purpúreo griterío,  
sin una sola pausa de fatiga,  
del joven corazón de su retoño,  
y en el caso de hacerlo  
no comprendía una lengua  
que para él estaba en chino,  
en el siempre rimado pero incomprensible  
idioma de los ángeles  
o en la música de las esferas  
en el pentagrama del infinito.

El padre de la novia,  
al negociar con el viejo  
Malatesta de Rímini  
-progenitor de Gianciotto y de Paolo-,

las nupcias de su hija  
con cualquiera de los jóvenes,  
tuvo siempre en las alforjas  
de su consideración  
los bienes materiales  
que esa unión le traería  
a su Francesca y a él,  
y , de común acuerdo con el viejo,  
optó por desposarla con Gianciotto,  
ya con buena posición  
y talegas tintineantes que endulzaban  
la amargura habitual de los oídos,  
pero se olvidó que,  
bajo el pecho de la joven  
-en el lugar preciso en que la leche  
sólida de su piel  
era ya anuncio

de la líquida forma-  
había un corazón donde acampaban  
emociones, preferencias y rechazos,  
toda la idiosincrasia de su ser.

Nuestro señor de Rímini  
envió a propósito al extranjero  
a su hijo mayor con el encargo  
de volverse invisible,  
ya que había previsto  
que si Gianciotto se presentara,  
en compañía de su fealdad,  
a pedir a los Polenta  
la mano de la muchacha  
(conocida  
por su espíritu sensible,  
su paladar moldeado

en el justo diseño  
para dar cuenta y razón de lo exquisito),  
al tener ante a sí  
la catadura del primogénito,  
se mostraría inconforme,  
reticente, disgustada,  
con un puño aleteando en sus decires.

Por eso decidió enviar a Paolo  
-el segundo de sus hijos,  
que aunaba a la beldad la juventud-  
como representante de su hermano  
en la solicitud de matrimonio.  
Intuyó, e intuyó bien,  
que rodaba en los carriles de un buen plan,  
ya que, de ver Francesca

al verdadero aspirante de su mano<sup>4</sup>,  
discurriría, como ayer, cuando pequeña,  
estar frente a un fantasma,  
a orillitas no más de un adefesio.

Cuando al fin se encontraron  
Francesca y el doncel,  
halláronse en los andenes de un amor  
que nació a primera vista  
y a primera zozobra de perderlo;  
las palabras proferidas ayer  
sobre la solicitud y el compromiso  
con el otro, se fueron

---

<sup>4</sup> La mano que, desnuda, es el anuncio,  
en el embate por venir, de la derrota  
del inútil pudor de los botones  
y el melindroso escudo de la seda.



-prefigurando los moldes y costuras  
de la camisa de fuerza por venir-  
por su particular camino..,  
mientras que los requiebros y miradas  
que ahora, al sorprenderse  
en la luz milagrosa del encuentro,  
enlazaron a los jóvenes,  
los hizo confundirse al caminar  
en la fina polvareda  
del secreto.

Enamorados, cada uno  
guardó sus emociones en la caja  
fuerte de su interior  
y bajo las siete llaves del mutismo.

Francesca, tras su boda con Giovanni,  
asumió el nombre de Rímini.

La gente de Bolonia se decía:

¿Quién es esta Francesca?

Y algunos contestaban:

“es la Francesca del señor *de* Rímimi”.

Si hay una preposición perniciosa,

maligna, es este *de*

que implica: posesión o pertenencia.

Tras la marcha nupcial

de bombos y platillos,

con el azahar y el incienso

en lucha por ganar el medio ambiente<sup>5</sup>,

tras esa marcha, digo,

---

<sup>5</sup> La nave siempre encallada de la iglesia

que, aunando la salida y el buen puerto,

quiere llevar el aire y sus olores

al olfato piadoso de los fieles.

los sucesos se fueron presentando  
con la continuidad  
que exige la costumbre:

\*las nupcias oficiadas por un clérigo,  
\*la acción de la herramienta de tortura  
que, tras romper los pudores  
y volcar su apetito hacia los poros  
y las más íntimas células,  
deja sus cicatrices en el tálamo,  
\*la abundante hemorragia  
del honor mancillado  
\*y la virginidad  
entre los santos óleos, fallecida.

Giovanni desde entonces  
fue propietario no sólo de sus guantes,

su faltriquera, sus cajas de rapé,  
sus palillos de dientes, sus salidas de quicio  
y sus hectáreas de tierra, sustraídas  
al universo mundo,  
sino de los millones  
de poros que estructuraban  
la desnudez de su esposa.  
Era el señor de sus risas,  
sus gracejos y estornudos,  
sus ires y venires por los cuartos  
y hasta se imaginaba poseedor  
de todas las colonias, suburbios y andurriales  
del alma de su consorte.

Mas el **de** no era veraz  
completamente.

Preposición tan fasaria

como ambigua, movíase con medias  
verdades y, al ahuecar  
el ala, debajo de ella,  
un manojo sorprendente de mentiras  
dejaba reluciendo.

Francesca, ya casada,  
con el anillo de bodas estrangulándole,  
no únicamente el dedo  
sino la independencia,  
la libertad y gusto por la vida,  
sólo se sentía feliz  
cuando, de tarde en tarde,  
se sentaba con Paolo  
a leer libros añejos y polvosos.

La retórica luce entre sus tropos  
uno fundamental: la *sugerencia*,

consentida de los dioses  
y de aquellos mortales que, aunque estén  
del lado de los lectores y su hambriento  
afán de devorar pasivamente  
metonimias y sinécdoques,  
querrían ser poetas, tan poetas  
como aquellos que se ubican en el sitio  
de quienes lucen los dedos entintados;  
la *sugerencia* es un tropo  
que empuja a la conciencia  
a tomar el trampolín  
de la imaginación  
hasta dar con el sentido  
de aquello que se dice sin decirse,  
elevando el silencio mentiroso  
a joya del lenguaje.

Cuando el poeta dice:

*Quel giorno piu non vi leggemo avante,*

alude -con los puntos

suspensivos invisibles

de una poéticamente inolvidable

*sugerencia*- no sólo que la joven

-con los labios de la audacia en sus orejas-

cae en brazos del amante,

sino que hubo un oculto e imperceptible

movimiento a la fusión:

las parejas abrevaron,

todo por un instante, en el principio

de identidad: Lanzarote

reencarnó en Paolo,

y Ginebra en la consorte

del magnate de Rímini.

Dejaron, al tronido  
de dedos de la propicia  
circunstancia, el retraimiento  
de Paolo y Francesca  
para asumir la audacia  
de Lancelot y su amante.

Y se dio el extraño caso  
de que, sorpresivamente,  
Lanzarote paladeó  
los secretos de Francesca  
y la *lady* la libido en llamaradas  
de Paolo.

Fue una extraña permuta  
de huellas digitales.

Lo material y lo anímico  
hallaron el secreto corredor



por el que lo imposible  
endulzó sus desdenes.

Dejaron de leer.

Cerraron el libraco,

las vergüenzas,

la duda.

Las pastas, al juntarse,

engulleron de golpe

el feroz griterío de las letras

y la moral ambiente fue basura

que, sin vacilaciones, fue destruida

de un solo manotazo.

Lo que advino después

sólo Dios y los poetas,

con el globo cristal de su cerebro,

logran adivinarlo.

Dante en estas estrofas

hizo de la *sugerencia* catalejo

que sabe escudriñar intimidades

inaccesibles y oscuras,

hábil técnica acunada

en el *dolce stil nuovo* que permite

la apoteosis de la jerga

de la expresión común

en poesía,

canto insolente, iracundo,

mas gallardo y sensible, en rebelión

contra las reglas morales

que moldeaban los cerebros.

Valiéndose de una escala,

la pareja pecadora,

sin la “duda en los pies” del titubeo,  
se trepó por un instante  
al árbol inmortal del Paraíso<sup>6</sup>  
y, de común acuerdo,  
diéronle una patada a la escalera.

---

<sup>6</sup> donde un fruto se ubicaba,  
seductor, apetecible,  
a sólo una mordida  
de los placeres dulces y vedados.

## LANCELOT Y GINEBRA

¿Quiénes fueron los actores  
audaces y valientes  
que, con palabra fácil, seductora,  
describiera Galeoto  
en vetustos manuscritos  
con multitud de agujeros<sup>7</sup>  
que turbaron  
y hasta volvieron locos  
a los muchos lectores  
que por días y más días  
se pasaban engullendo  
miles y miles de frases,

---

<sup>7</sup>de los cuales  
se ignora si eran rastros  
de polillas hambrientas  
o miradas voraces

y todo lo que, a espaldas  
de los ojos o entre líneas,  
ocurre allá en el mundo  
del romancero y las gestas?

Los personajes fueron  
Lancelot y su amada.

Mas es indispensable preguntarnos:  
¿cómo fue que los sucesos de su vida  
en un momento aciago  
los llevaron a mudar  
los nudos con que sus brazos  
ansiaban fusionarse  
por los, ay, de sus gargantas?

La leyenda

-con sus gramos inciertos  
de verdad- del Rey Arturo,

Lancelot y su dama, cautivaron  
a centenares de ojos y de mentes  
en el desfile de siglos  
que va de la Edad Media  
hasta hoy, en que esta pluma  
le da cuerpo de tinta a la memoria.

Paolo y su Francesca se contaron  
entre esta muchedumbre de amorosos  
amantes del amor  
o de quienes rinden culto  
a los sabuesos dardos de Cupido.  
Y ¿qué es lo que en esta historia  
ha llamado la atención de tanta gente?  
Se sabe que el rey Arturo,  
el día menos pensado, dióse cuenta  
de que su corazón se hallaba encinta

de deseo por Guenièvre o Ginebra,  
la hija de Leodegrance,  
señor de Cameliard.

Molesto consigo mismo  
por hallarse cortejando  
siempre a la indiferencia,

la pidió en matrimonio  
al señor de Cameliard.

Como su petición fuera aceptada,  
encomendó a Lanzarote  
que partiese hacia el reino de su dueña  
para hacerle compañía  
en su viaje a Camelot  
donde la ciudad y el rey la aguardaban  
con los brazos abiertos.





Lancelot, en alianza  
con la anuencia que crecía  
grado a grado como lo hace  
el mercurio en el termómetro,  
prosiguió el derrotero  
de un erotismo dulce,  
con sabor a vainilla en los preámbulos,  
y una ferocidad,  
casi canibalesca, cuando los besos  
convertidos en aves de rapiña  
hallaron los ocultos rincones  
de su placer sin fondo.

Antes que nada fue el *cuello*,  
en el exacto punto  
en que, ávida, la libido se acumula

en un grupo de poros  
audaces, liberados,  
en la frontera misma, en los suburbios  
de la perversidad.

Después fueron los *senos*,  
los que al sentir los ósculos que el hombre  
dejaba en su curvatura,  
llevaron a los *pezones*,  
acogiendo el polvillo del deseo,  
a ponerse, excitados,  
a crecer la pulgada indispensable  
para imantar al tacto retraído.

Más tarde los impulsos amorosos  
de Lancelot encontraron  
en la blanca redondez de la *cadera*  
de la joven -que se hallaba  
en plena consonancia con la forma

masculina de las manos-  
el dócil y gozoso  
objeto de sus palmas que, de golpe,  
mudándose en externos paladares,  
pusiéronse, en el éxtasis,  
a saborear el vaivén  
de carne complaciente.

Al hallarse sin cesar interrumpidas  
por el pudor tejido de la ropa  
y la moral presencia  
de un Argos de botones vigilante,  
las *caricias* sin reposo  
de Lanzarote a Ginebra,  
hallaban el “hasta aquí” sin concesiones  
de un dejo de castidad inexpugnable.

Pero sonó la hora.

Los jóvenes dejaron la prisión  
de sedas, algodones y sigilo  
y, los cuerpos desnudos,  
como desenvainados de su doble vergüenza,  
permitieron huir<sup>8</sup> a la parvada  
de secretos silenciados en la carne.

Surgió entonces, en todo su esplendor,  
la geometría.

No la recoleta y púdica  
que se halla, en su abstracción,  
más allá del gruñir de los sentidos  
y el jadeo intermitente  
de los malos pensamientos,

---

<sup>8</sup> con el pudor en trance de tañer,

sin mucha inspiración,

el último suspiro,

sino la de los puntos,  
líneas, circunferencias  
y la serpiente de la excitación  
culebreado y culebreando  
entre las redondeces.

Paolo y Francesca  
no pusieron su atención  
en la apasionante historia,  
de principio a fin,  
de la consorte del rey Arturo  
y de su amado, sino sólo advirtieron  
la escena inolvidable  
en que el varón y la dama,  
al bajar de sus monturas  
y deberes,  
sacudieron sus torsos

para desempolvarse los prejuicios,  
y escucharon entonces,  
con la obediencia del pupilo al mentor,  
las confundidas voces de la urgencia.

La itálicos amantes  
no fijaron la pupila dilatada  
de la atención  
en la historia subsiguiente  
de Ginebra y Lancelote, caballero  
de la Mesa Redonda.  
No supieron que, en llegando a Camelot,  
Ginebra no deshizo su contrato  
con Arturo y hábilmente  
supo esconder su adulterio  
en el íntimo cofre de su entraña,  
el que nunca de los nuncas abriría

ni utilizando la llave  
de alguna descuidada

confidencia.

Pudo mantener buenas relaciones  
con su marido. Mas nunca con Morgana  
*-step sister* del rey Arturo-  
que tenía en sus manos  
ademanes cainitas escondidos.

Aquí no se va a tratar toda la historia  
del monarca, Ginebra, los caballeros  
de la Mesa Redonda,  
ni Camelot y sus escándalos  
serán la *citá dolente*  
de estos cantares.

En su lectura, los jóvenes,

al llegar a la parte del relato  
del encuentro amoroso  
de los protagonistas,  
suspendieron la lectura de ese día  
*(quel giorno piu non vi leggemo avante)*  
y dejaron que los puntos suspensivos  
de sus caricias núbiles, siguieran  
el relato, que lo hiciesen *sottto voce*,  
en dulcísimo jadeo que se escucha  
en no sé qué mullido e invisible  
rincón privilegiado del pajar  
que el “entre líneas” pone a las espaldas  
de Paolo y Francesca.

“Esta es la razón, dijo la joven  
a Dante y a su guía,  
que explica nuestra condena y sufrimiento



para siempre,

por los siglos de los siglos,

sin el punto final, piadoso, bueno,

del *amén* que soñamos vanamente”.

## MUERTE DE LOS AMANTES

Cuando gozaba Francesca  
en brazos del doncel, no se sentía  
que hallábase cabalgando<sup>9</sup>  
la difícil montura  
de la infidelidad,  
y también, por lo contrario,  
al estar con Gianciotto, su marido,  
sobre las sábanas frías del deber,  
no podía dejar de contemplarse  
como la encarnación de la falacia.

---

<sup>9</sup> aunque inmóvil, sin moverse de su sitio,

Lo que pasó después  
del adulterio en llamas  
de la señora de Rímini,  
de su firme negativa  
a aceptar los despóticos designios  
gestados en la pudrición del cielo  
y de su tendencia a ver  
como un papel grasoso, envenenado,  
su acta matrimonial,  
todo el pueblo lo supo  
en Toscana y Florencia:  
la “caída”,  
la entrega incondicional de los tesoros  
de un cuerpo de mujer sin anticuerpos,  
corrió de boca en boca como corre  
el susurro enmielado de la insidia.

Gianciotto los descubre de repente<sup>10</sup>  
y en menos que canta el filo de un puñal,  
los lanzó al otro mundo, como muestra  
el atroz jeroglífico que el hierro  
rubricó en el espacio, por encima  
de los tristes amantes,  
como fórmula esotérica que anuncia  
el próximo castigo del pecado  
en el círculo segundo del infierno.

*In fraganti* significa descubrir

A Paolo y Francesca

---

<sup>10</sup> el feroz “de repente”

de un impróvido *in fraganti*,

preñado de amenazas

que ignoran el valor de desdecirse,

-cuando largan la ropa  
y sus últimos temores a una silla-  
con las manos en la masa del delito,  
donde sus cuerpos libres, ya sin riendas,  
corren a todo galope  
-con el *jarrre!* inconsciente del instinto-  
hasta sentir, ardientes,  
que se infiltra y derrama por sus venas  
un chispazo de luz libidinosa  
que los vuelve de pronto  
par de pegasos que ascienden  
a su privado cielo  
hasta hallar, a la altura indispensable,  
en el clímax simultáneo,  
femenino y masculino, su pastura  
que es el feliz compuesto  
de la satisfacción que se realiza

y de un nuevo deseo que, en el semen  
de esta realización, alza cabeza  
y así hasta el infinito  
sin que una fe de erratas se inmiscuya  
con todo y su regaño.

Pecar en la Edad Media  
es la acción de volverle la espalda  
a los ángeles que engendra el incensario,  
encerrar las virtudes  
en un campo de exterminio,  
traducir a las lenguas  
romances o germánicas  
los libelos del demonio,  
rociar con el más perfecto  
de los aromas las malas intenciones,  
envolver para regalo lo prohibido,

hacer del cuerpo ermita  
para officiar ahí la misa negra  
del placer.

Y las gentes  
que tienen por profesión la beatitud  
y cuidar el rebaño  
de una feligresía titubeante,  
se hallan prestos  
a prescribir castigo a quienes pecan  
y dejar, de penitencia,  
un sinfín de gemidos.

Ciego de furia, el cónyuge  
clavó en su esposa el puñal,  
logrando con un golpe atravesarla  
desde el tórax hasta el último suspiro.  
El elemento sorpresa,

con ínfulas de *fatum*,  
no dejó que Paolo  
enviara el menor mensaje defensivo  
a sus brazos que estaban,  
ay, brindándole los últimos retoques  
al cuadro de un placer que en ese instante  
se hallaba en el proceso  
de conquistar, del ámbito sublime,  
todos los corredores,  
vergeles y delicias.

Gianciotto, sin embargo, no dejó  
que su ave carroñera reposara:  
del cuerpo de Francesca  
emprendió un salto mortal al de Paolo  
y después de envainar  
su daga en la otra carne,



se entregó, no a la búsqueda  
de la sangre indefensa, sino ahora  
de los pocos y tristes pedazuelos  
de vida que quedaban.

## DANTE PIERDE EL SENTIDO

Frente al “eterno dolore” que mostraban  
los amantes, Virgilio

(“ *l'altro piangeva*”) tan sólo puso  
un barniz de congoja en su mirada  
con el doble papel  
de ser llanto y ser pañuelo.

Percibía las condenas y torturas  
desde la concepción grecolatina  
que no odiaba a los cuerpos  
como lo hace el cristianismo,  
ni creía que la carne  
era un puño pestífero de tierra  
simplemente lavado  
y esculpido hasta ser

un contorno de dulces suavidades,  
delicias en su punto,  
tibieza seductora  
con los brazos abiertos,  
para encarnar el pecado,  
la culpa, la caída  
y hacer que el cielo opere  
como feroz policía  
por los siglos de los siglos.

Dante quedó tan impresionado  
por lo que padecieran sus oídos  
juntamente con sus ojos  
que, en un infarto de tiempo  
que le robó la conciencia,  
vino, inerte, a la tierra  
*(“E caddi como corpo morto cade”)*

con toda su humanidad entre paréntesis,  
como el árbol agredido  
por la eléctrica furia de los cielos.

¿Por qué Dante Aligheri  
se desmayó en este sitio, precisamente  
tras de oír los lamentos de Francesca  
que eran más una turba de quejidos  
que una cantiga de pájaros?  
¿Qué le ocurrió en las neuronas  
del sentimiento  
o en los latidos de la emoción  
hasta dar, como lo hacen  
los que mueren, en la tierra?

Cuando la *Commedia* dice  
que la *impresión* de Dante

al tener frente a sí, revoloteando,  
a la pareja de pecadores,  
lo hizo venir al suelo sin sentido,  
se halla lejos de aclarar,  
o de que tome cartas

en el asunto

la transparencia,  
el por qué de ese vahído,  
de ese estallar el mundo entre las manos,  
de ese correr a ocultarse  
a espaldas de la ceguera  
no sólo de los ojos,  
sino también del ánimo,  
la conciencia de sí, la mente en acto.  
Describe, sí, lo vivido,  
lo convierte en palabras persuasivas  
que permiten a cientos de lectores

dar un salto de pronto y encontrarse  
en el mismísimo infierno en que sucede  
lo que cuentan,

en el confesonario

de la honradez literaria,

las estrofas

de esta enorme poesía.

Describe, pone el dedo en la llaga.

Pero la explicación de lo acaecido  
se nos queda en el aire o en el cofre  
blindado del enigma.

Él amaba a una mujer, como nunca  
-que se tenga noticias- ningún hombre  
en la historia lo ha hecho:  
armó un altar en su frente,  
un retablo itinerante,

y, al tener a su carne ensimismada,  
amordazando su impulso,  
esculpió a su deidad  
con la materia prima de sus sueños.

Nadie lo ignora, nadie:  
ver y mirar no coinciden, son diversos  
estados de ánimo de los ojos,  
como tampoco concuerdan  
el oír y el escuchar,  
o el ósculo en la frente  
y aquel que, si se estampa en otro sitio,  
puede producir un caos en el mundo.

*Ver* es mostrar las cosas sin ensartarles  
signos de interrogación  
o hilachos de preguntas,

sin padecer en los ojos las hormigas  
que le tocan la puerta a la migraña,  
sin prestarles atención  
porque no se la merecen  
o porque pasan, ocultándose,  
a tal velocidad que sólo dejan  
un reguero de huellas anodinas.

*Mirar* es el intento  
de conocer la cosa que tenemos enfrente  
por los cuatro costados, desclavarle  
del sustantivo en que está crucificada.  
Desenterrar la esencia  
y obligarla a darse baños de intemperie.

Se murmura que el Vate,  
avizó a Beatrice cuando andaba



allá por los nueve años.

Y eso no fue *mirarla*, sino *ver*  
un botón, en los albores de sí,  
una promesa y sus puntos suspensivos,  
un fruto empantanado todavía  
con lo verde, una deidad  
aún a medio hacer.

Más tarde, cuando Beatrice  
acababa de cumplir  
dieciocho abriles, Dante  
la vislumbró de nuevo sobre un puente  
por el cual ese día atravesara  
la encarnación florentina de la gloria,  
con su andar de pies menudos  
que podría decirse

chapoteaban en los charcos de la gracia.

Fue entonces que la amó “a primera vista”,  
a una “vista” que supo encaramarse  
al punto desde el cual, torre del cuerpo,  
la *mirada* hizo a un lado el simple *ver*,  
y acorraló, triunfante, a lo invisible.

Al tener el Poeta a “su Beatrice”  
ya devorada en ansiedad hambrienta,  
la transmudó en un sueño inalcanzable,  
en alguna mansión de lo imposible;  
inalcanzable, sí,  
como la inútil pasión de lo finito,  
lindante con la nada,  
de que ha de llegar el día



que atraviesa el laberinto  
de las circunvoluciones  
de mi opinión personal,  
creo que el autor de la *Divina  
Commedia*, la *Vita Nuova*  
y tantos otros textos y poemas,  
fue, cuando joven, en verdad tan tímido  
delante de la señora de sus sueños,  
que convertía su boca en invisible,  
declamaba sus cantos hacia adentro,  
y sufría una verdadera guerra sucia  
entre sus emociones.

La timidez del joven fue la base  
de la sublimación, cuna y secreto  
de la acción de elevar a esa mujer  
al grado de escultura sempiterna  
en la calzada real de lo imposible.

Orfebre magistral de los tercetos,  
señor que siempre lleva las pezuñas  
de su potro sublime  
en un gallardo trote endecasílabo,  
magnífico juglar  
que desgrana su rima construyendo,  
a fuer de consonantes  
sin la melosa trampa de los ripios,  
uno de los poemas más gloriosos  
que registra la historia,  
todo eso es el autor de la *Commedia*.  
Y, no obstante, ante Beatrice,  
percibe que la lengua se le duerme,  
la saliva se le seca y empantana,  
el temor paraliza  
las letras, las oraciones y las frases

que querrían llegar hasta el oído  
de la mujer amada, para que ella  
no lo *viere* como lo prescindible  
que discurre fugaz ante los ojos,  
sino que le obsequiase  
la gloria de *mirarlo*.

El oído de la joven parecía  
caracol a la espera  
tal vez de una palabra seductora  
o una endecha-piropo  
de dulzura salvaje,  
pero no del silencio,  
ese insondable mar de incertidumbres.

En una exacta proyección del hombre  
de letras celeberrimo,  
el individuo que Dante nos describe

hollando el *más allá*,  
teniéndoselas que ver en el andar  
con piedras melancólicas,  
flores desde el capullo ya marchitas  
y en las sienes el airón de un amasijo  
de pájaros difuntos,  
es un poeta sensible, impresionable  
que no sabe de escudos  
ni de repliegues tácticos  
hacia la indiferencia.

Su desmayo sorpresivo, su caer  
de bruces en la noche personal  
de su desvanecimiento,  
tiene su origen en una  
contradicción insoluble que se forma  
en la tierra de nadie

de lo que es y no es consciente:  
por un lado, sentirse  
contento y orgulloso  
de que, en forja subjetiva,  
su espíritu lograra dar a luz  
a la amada ideal,  
la mujer indescriptible  
de sus aspiraciones fantasiosas,  
a partir o arrancando de la joven  
que, una vez descubierta sobre el puente  
-como ángel que al andar también camina  
por su propia perfección-,  
se transformó en la imagen sublimada  
del amor expansivo del Poeta.

Por otro lado,  
en el segundo término



de la antítesis, vivir, desde ese día,  
la oscura e inconfesable sensación  
de encontrarse frustrado,  
roto, disminuido, al darse cuenta  
de que él, Dante Alighieri,  
no quería a su Bice Portinari  
(su Beatrice) sólo como un ideal,  
alguien que adquiere forma en el tejido  
de células azules del cerebro  
y, a la sombra de Platón,  
le contagia a las neuronas lo celeste,  
sino que, casa adentro, la deseaba  
como una mujer de carne,  
a un cuerpo de lo ideal,  
con todos los atributos  
y debidas redondeces  
en el sitio acertado, para hacer

que su porte luciera los ropajes  
de una disposición concupiscente.  
Pese al clamor del deseo,  
la inquietud irresistible de sus ímpetus  
y el ardor de sus labios,  
Dante no pudo lograr  
tenerla entre las manos  
de sus ansias clandestinas  
ni, tras de colonizar todos sus poros,  
hacerla suya al fin.

El *desvanecimiento* del Juglar  
lleva encima un turbador significado.  
Fue el final de un tortuoso  
proceso, que naciese  
con el fugaz revuelo ante su vista  
de Paolo y Francesca,

al término del cual nuestro liróforo  
advirtió que el motivo  
de su contradicción y de los términos  
contrarios que lo rasgaban con las uñas  
de la perplejidad,  
era la indecisión, el titubeo,  
la timidez que fuere como cruz  
en sus años juveniles.

Recordaba con dolor las ocasiones  
en que al dar con el milagro  
de encontrarse a la vuelta del asombro  
con la hija de Folco Molinari,  
su Beatrice, se autodevaluaba  
y hacía con sus ojos  
dirigidos hacia abajo  
agujeros en la tierra.

En verdad la timidez  
fue cual un trampolín  
que, adicto a las alturas  
-como el mirar ingrávido  
de la mujer piadosa-,  
le sirvió al literato de instrumento  
para lanzar a la joven  
al más encumbrado punto,  
allá por los aledaños del Olimpo.

Mas si vamos al fondo,  
nos damos cuenta de que el deseo  
tiene en la audacia su artífice,  
el hálito que fecunda,  
el “hágase la luz”  
del tronido de sus dedos.  
Pero cuando el arrojo se le enferma

y le traba pies y manos  
con el agua estancada  
de la parálisis, siente  
que el deseo se le enconcha,  
cierra los párpados, se hunde  
en el pozo de sí mismo,  
y aunque este replegarse  
puede ser compensado  
con el fuego artificial  
de la sublimación,  
al deseo inhibido  
le es posible, en cualquier  
momento, revelarse en los aullidos  
del síntoma.

Por más que fuera Dante hombre feliz  
de tener el alma encinta

de la idealización de su Beatrice  
-la doncella del puente  
de la Santa Trinidad-  
elevando su nombre  
al punto más distante  
al que pueden los ojos alcanzar,  
hasta considerarla,  
en llegando al *Paradiso*, como brújula,  
también como sabemos se dolía  
allá en su intimidad,  
en el último rincón de sus adentros,  
de no haber poseído y degustado  
a semejante mujer.  
Por eso conducía sin cesar  
hacia el banquillo de los acusados  
su timidez, poquedad, encogimiento.

Ayer las cosas se habían agravado  
al enterarse Dante  
que Bice contrajo nupcias  
con un banquero. El Vate  
lloraba todo el día,  
con dos o tres pañuelos de descanso,  
porque dábase cuenta  
de que su timidez era el origen  
no sólo de que el cuerpo de Beatrice  
le fuese siempre extraño  
con hombros, cintura, piernas  
y excitación como flama de un incendio  
en rampante platonismo,  
sino de que, ay, cayese en otras manos,  
en una lujuriosa extranjería  
y fuera paladeada por los dedos  
de un hombre diferente.

También poco después  
lo destrozó la noticia,  
con un zarpazo de esos en que el *fatum*  
escribe con mayúsculas su acción,  
de la muerte de su amada  
a los sólo veintitrés años cumplidos,  
a la precisa edad de los capullos.  
Entonces el Poeta,  
reaccionando, se entregó  
a una vida sexual sin freno alguno  
durante varios meses.  
Se diría que el deseo  
se le escapó de la jaula y, merodeando  
por sus cinco sentidos, fue a la búsqueda  
una vez y otra y otra  
del manjar curvilíneo, dulce, dueño



de la temperatura  
que requiere del bálsamo exquisito  
para las mil y una partes ateridas  
de la insatisfacción.

Desenfreno sexual sólo inhibido  
al contraer nuestro hombre matrimonio  
con la dama florentina  
Gemma Donati, la cual,  
aunque no poseía,  
por toda su epidermis  
ni el más mínimo poro  
con luces de luciérnaga, dorado,  
y en marcha hacia lo ideal,  
sabía algo de ungüentos  
para todos los rincones  
heridos y jadeantes  
de la soledad.

## FINALE

Al momento en que Dante  
tuvo a Paolo y Francesca frente a sí,  
se les quedó *mirando*  
-minutos antes de morder el polvo-  
pero no desde el repudio moralista,  
desde la seriedad y el calibre  
de su falta, tampoco  
desde el rigor o la ausencia  
de caridad del cielo  
o extrañado de la forma  
pajarera del castigo,  
sino desde la *envidia*  
que le desordenó toda la entraña

durante unos segundos  
o desde una heterodoxia emocional  
muy suya y clandestina.  
Dante reflexionó  
que en el momento preciso, no detuvo  
la timidez a Paolo,  
y también que su amada hallóse lejos  
de pecar de reticencia  
o blandir el pudor como un escudo.  
Los dos habían logrado conjugarse  
-libres como los pájaros que logran  
escapar de las fauces de las jaulas-  
en unidad perfecta  
que gira por los aires del segundo  
círculo del infierno,  
como un único espíritu  
-sin el tajo espacial que nos divide

a los seres corpóreos-,  
padeciendo, gozando,  
gozando, padeciendo  
su condición de amantes  
por los siglos de los siglos.

Ciudad de México a 12 de enero de 2017

## ÍNDICE

EL LUGAR DE LA TORTURA.....	6
EL INSTRUMENTO PUNITIVO.....	12
LOS AMANTES.....	16
EL POEMA.....	24
LANCELOT Y GINEBRA.....	44
LA MUERTE DE LOS AMANTES.....	58
DANTE PIERDE EL SENTIDO.....	66
FINALE.....	90